No lo vi, no lo pensé, no lo sabía: 3 causas de accidentes de trabajo



Son las seis y media de la mañana. Hay que cortar una pieza, la amoladora está a mano y los anteojos quedaron en el casillero, a cinco minutos. «Es un corte rápido», piensa alguien. Casi todos hemos estado en esa escena. Y cuando se investiga un accidente, sin importar la tarea ni el sector, aparecen siempre las mismas tres frases: **«No lo vi», «No lo pensé» y «No lo sabía»**. Hoy no vamos a repasar todas las causas posibles, porque no alcanzaría una semana de charlas. Vamos a hablar de estas tres, que están presentes, directa o indirectamente, en la mayoría de los accidentes de trabajo, y que dependen de algo que todos tenemos: la capacidad de detenernos un momento y prestar atención.

¿Por qué ocurren realmente los accidentes de trabajo?

Todavía hay quien cree que los accidentes son cuestión de mala suerte, como un golpe del destino que nadie puede evitar. Pero cuando se investigan con método, lo que aparece no es el azar sino una cadena: una condición que se toleró, un procedimiento que se salteó, una duda que nadie planteó, un apuro que nadie frenó. **Los accidentes no aparecen de repente. Se construyen con pequeños descuidos.** Cada eslabón parece inofensivo y por eso pasa inadvertido, hasta el día en que todos coinciden. La buena noticia es que esa cadena se corta en cualquiera de sus puntos, y casi todos están en nuestras manos: lo que miramos, lo que pensamos y lo que sabemos.

«No lo vi»: cuidar la vista y mirar con atención

La vista es el sentido que más usamos y, por eso mismo, el que más damos por sentado. Con ella leemos un procedimiento, calculamos distancias y detectamos un derrame en el piso. Sin embargo, es común sacarse los anteojos «solo un segundo», trabajar con lentes rayados o amolar, cortar y picar sin protección porque la tarea parecía corta. **La rutina no elimina el riesgo; solo hace que dejemos de verlo.** Una partícula que salta de un disco, una salpicadura de producto químico o una chispa pueden dañar un ojo en una fracción de segundo, y hay lesiones que no tienen vuelta atrás. Quienes perdieron la vista en un accidente coinciden en que darían lo que fuera por volver al momento previo y ponerse la protección.

Por eso la **protección ocular** tiene que ser la adecuada para cada tarea: anteojos con protección lateral para partículas, antiparras ajustadas para líquidos y polvo, careta con el filtro correcto para soldar. Debe estar en buen estado, responder a las normas IRAM aplicables y reemplazarse si está rayada o dañada. La Ley 19.587 y el Decreto 351/79 establecen que la empresa debe entregar los elementos de protección personal y que cada trabajador debe usarlos y cuidarlos. Y tan importante como protegerse es mirar bien: antes de empezar, recorran el área buscando cargas suspendidas, cables en el piso o vehículos en movimiento. Lo mismo vale en casa, con la bordeadora o la amoladora de fin de semana.

«No lo pensé»: el apuro, el atajo y la confianza de siempre

Pensar no es complicar el trabajo; es hacerse, antes de empezar, tres preguntas simples: ¿qué puede salir mal?, ¿qué energía o qué peso hay en juego? y ¿cómo lo estoy controlando? Cuando no se hacen, aparecen los errores que todos reconocemos: limpiar una máquina que sigue energizada porque «solo se trabó», subir a una escalera mal apoyada para ganar unos minutos o pasar bajo una carga suspendida porque «es un instante». El apuro y el exceso de confianza suelen venir juntos, y **trabajar rápido nunca debe significar trabajar inseguro.** Las consecuencias rara vez se limitan a un golpe: atrapamientos, caídas, quemaduras y lesiones que cambian la vida de una persona, de su familia y del equipo entero.

Ahora bien, hay una prueba clara de que pensar funciona. En muchos sectores los índices de accidentes bajaron de forma sostenida en las últimas décadas, y no por suerte: gerentes, especialistas y trabajadores se pusieron a pensar cómo hacer cada tarea de forma más segura sin perder productividad. Eso les pido a ustedes: que hagan el análisis de riesgos antes de cada tarea, que apliquen bloqueo y etiquetado cuando intervengan un equipo y que detengan el trabajo si algo cambia o genera dudas. Frenar a tiempo nunca es un error; es una decisión profesional.

«No lo sabía»: saber hacerlo bien y animarse a preguntar

Saber cómo hacer un trabajo es fundamental, pero no alcanza: hay que aplicar ese conocimiento aun cuando nadie mira, estamos cansados o el trabajo apremia. El error más común es asumir: que «siempre se hizo así», que el equipo nuevo funciona igual que el anterior o que el compañero con más experiencia seguro sabe lo que hace. Esas suposiciones aparecen sobre todo al iniciar una tarea desconocida, operar un equipo distinto o cuando alguien recién ingresado no se anima a preguntar.

Parte de mi responsabilidad, y de la empresa, es asegurar que cada uno conozca la forma correcta de trabajar, con capacitación, procedimientos claros y supervisión presente, como establece la Ley 19.587. La otra parte es de ustedes: si tienen la menor duda sobre cómo hacer una tarea, qué protección usar o qué riesgo hay en un lugar, pregunten antes de empezar. Preguntar no los hace menos profesionales; los hace más seguros. Una duda que se aclara en treinta segundos puede evitar un accidente que se lamenta durante años.

Pensar antes de actuar: la decisión que nos devuelve a casa

Ver, pensar y saber no son tareas separadas: son tres defensas que se refuerzan entre sí. Nadie en este equipo quiere lastimarse ni ver lastimado a un compañero; lo que a veces falla es el segundo de atención que hace falta para evitarlo. La seguridad no consiste únicamente en cumplir procedimientos; consiste en construir una cultura donde cada persona regrese sana y salva a su hogar al finalizar la jornada. Esa cultura se construye con gestos concretos: ponerse los anteojos, hacer la pregunta, frenar la tarea. **Los trabajadores que piensan evitan accidentes**, y hoy cada uno de nosotros puede ser uno de ellos.